

LA CAMISA NUEVA

16 de agosto de 1936

La puerta de la taberna daba al norte, a los pies de una polvorienta carretera que unía el pueblo con la capital después de dos duras jornadas a pie. En su dintel, con letras negras sobre blanca cal, un letrado invitaba a su interior: “Vinos y comidas”. El resto lo hacían el buen vino, la comida casera, el buen trato, el resguardo del implacable sol en el verano y el calor de la estufa en los crudos días del largo invierno.

La taberna la regentaba Victoriano, un hombre todavía joven, con la tez curtida, el pelo negro y espeso, peinado hacia adelante y con el flequillo cortado a la mitad de la frente. Vestía pantalón oscuro, camisa abotonada hasta el cuello y una chaqueta de pana, cuyo color nadie, de su abundante parroquia, se aventuró jamás a definir.

En un día como aquel y a una hora como aquella, la taberna tenía, normalmente, clientela abundante... Pero aquel día no. Aquel día, mientras Victoriano secaba, con un paño de hilo, unos vasos que acababa de fregar, sólo le acompañaba un cliente, el maestro del pueblo que, sentado a una mesa apartada de la entrada y parapetado detrás de unas gruesas gafas, daba vueltas a la copa de “aguanís” que le acababan de servir.

Malos tiempos corren, Victoriano, para las libertades – dijo el maestro apurando de un trago la copa.

No se apure usted, hombre, que nosotros ahora debemos dejar las ideas políticas a los de la capital y seguir trabajando, que es lo que nos queda.

Las ideas son lo último que debería perder un hombre – apostilló el maestro.

A lo cual Victoriano no respondió; siguió, con sus agrietadas manos, secando minuciosamente los vasos.

En estas estaban, maestro y tabernero, cuando una repentina algarabía rompió el silencio. Un muchacho pasó por la carretera corriendo y gritando:

¡Viene el ejército falangista! ¡Viene el ejército falangista!

Inmediatamente comenzaron a oírse el resoplido de los caballos, el golpeo de sus cascos en los guijarros de la cuesta de las cuatro esquinas, el paso marcial de los soldados y... ¡la canción! ¡Aquella maldita canción! :

“Cara al sol,
con la camisa nueva...”

Levantándose, el maestro se dirigió a la puerta trasera de la taberna para tratar de perder sus ideas en otro momento, y una muchachilla con gafas de alambre cruzó corriendo la estancia y fue a esconderse bajo las escaleras que subían al piso de arriba. Victoriano contempló como todos sus hijos iban entrando, uno a uno y en silencio, en el local. Todos,... ¡menos uno! ¡Faltaba el pequeño Dido! Levantó la vista y le vio bajar, corre que te corre, por la calle que subía a la Iglesia. Se quedó mirándolo, con sus pantalones cortos, su camisa vieja, sucia y remendada, fuera del pantalón por el lado izquierdo... Pero ya llegaban los caballos y, a la esquina, fueron todos uno. Los caballos recularon. El niño cayó de culo, se levantó de un salto y quedose allí parado observando a los jinetes. El ejército recompuso filas para hacer frente a tan inesperado batallón, y uno de los de a caballo, un militar unos tres palmos más alto que el niño, con un ridículo bigotillo sobre el labio superior y con acento gallego dijo:

¡Eh, zagal! ¿De qué bando es tu padre?

Al oír la pregunta, a Victoriano se le escurrió el vaso que tenía entre las manos. El vaso cayó al suelo y tras dar uno,... dos,... tres botes se hizo añicos entre sus pies. Después del vaso cayó el paño, que suave,... mansamente fue a posarse sobre los cristales. Y después del vaso y el paño cayeron lánguidos,... hundidos, sus brazos a lo largo de sus costados. Y Victoriano creyó,... temió,... y aún tuvo la certeza de que el respeto por la sinceridad, conque había tratado de educar a sus hijos, se volvería en su contra y acabaría con su propia vida.

¿De qué bando es?, zagaliño – insistió el militar.

El niño aún tuvo tiempo de mirar al soldado, los ojos entrecerrados y la nariz arrugada, con un cierto desdén.

¡Falangista! – gritó - ¡mi padre es falangista!

Y, sin decir más, emprendió su carrera calle abajo a través del canal que bajaba por la calle contigua a la taberna.

Al oír la respuesta, el siguiente en caer fue Victoriano, pesadamente y de rodillas, sobre el paño y los cristales. Y a medida que oía alejarse a los soldados, unas gruesas lágrimas salían de sus ojos y corrían por sus mejillas. Y mientras el hilo del paño iba tiñéndose del rojo de su sangre, él se hacía, a sí mismo, la firme promesa de que, al día siguiente, le compraría una camisa nueva al pequeño Dido.